

# POR MIEDO A QUE RECORDEMOS

ISAAC ASIMOV

## 1

El problema con John Heath, en lo que a John Heath se refería, era que había llegado a un callejón sin salida en su carrera. Estaba seguro de ello. Y lo que era peor, tenía la sensación que Susan lo sospechaba.

Eso significaba que nunca dejaría una auténtica señal en el mundo, nunca treparía hasta la cima de Productos Farmacéuticos Quantum, donde tenía un buen puesto entre los jóvenes ejecutivos..., nunca daría el Gran Salto Cuántico en Quantum.

Como tampoco lo conseguiría en ningún otro lugar, si cambiaba de trabajo.

Suspiró para sí mismo. Dentro de dos semanas iba a casarse, y por el bien de ella ansiaba ascender. Después de todo, la amaba locamente, y deseaba verse reflejado en el brillo de sus ojos.

Pero aquello era un callejón sin salida en su carrera para un hombre joven a punto de casarse. Había llegado a lo máximo a que podía aspirar.

Susan Collins miró a John amorosamente. ¿Y por qué no? Era razonablemente atractivo e inteligente y serio, y además un compañero afectuoso. Aunque no la cegara con su brillantez, al menos no la trastornaba con una excentricidad que no poseía.

Ella dio unas palmadas al almohadón que había colocado tras la cabeza de él cuando se sentó en el sillón y le tendió su vaso, asegurándose que lo tomaba firmemente antes de soltarlo.

—Estoy practicando el tratarte bien, Johnny —dijo—. Quiero ser una esposa eficiente.

John dio un sorbo a su bebida.

—Yo soy quien tiene que ir con cuidado, Sue. Tu sueldo es superior al mío.

—Todo va a ir a un mismo bolsillo cuando estemos casados. El nombre de la firma será Johnny & Sue, y llevaremos solamente un libro de contabilidad.

—Tú tendrás que llevarlo —dijo John, desalentado—. Yo voy a cometer muchos errores si lo intento.

—Sólo debido a que estás seguro de cometerlos... ¿Cuándo vendrán tus amigos?

—A las nueve, creo. Quizá a las nueve y media. Y no son exactamente amigos. Son gente de los laboratorios de investigación de Quantum.

—¿Estás seguro que no esperarán a que les demos de cenar?

—Dijeron después de la cena. Estoy seguro de ello. Se trata de negocios.

Ella lo miró irónicamente.

—No dijiste eso antes.

—¿Qué es lo que no dije antes?

—Que se trataba de negocios. ¿Estás seguro?

John se sintió confuso. Cualquier esfuerzo por recordar exactamente le dejaba siempre confuso.

—Eso fue lo que ellos dijeron..., creo.

La expresión de Susan era de amable exasperación, la misma que exhibiría ante un cariñoso gato que es completamente inconsciente del hecho que sus patas están llenas de barro.

—Si pensaras realmente —dijo— tan a menudo como dices «creo», no te mostrarías siempre tan inseguro. ¿No ves que no puede tratarse de negocios? Si se tratara de negocios, ¿no te verían más bien en el trabajo?

—Se trata de algo confidencial —dijo John—. No quieren verme en el trabajo. Ni siquiera en mi apartamento.

—¿Por qué aquí, entonces?

—Oh, fui yo quien lo sugerí. Pensé que tú también deberías participar en la reunión. Van a tener que tratar con la firma Johnny & Sue, ¿no?

—Eso depende de lo confidencial que sea todo —dijo Susan—. ¿No te dieron ningún indicio?

—No, pero no hará ningún daño escuchar. Puede tratarse de algo que me dé un buen empuje dentro de la firma.

—¿Por qué tú? —preguntó Susan.

John pareció dolido.

—¿Por qué no yo?

—Simplemente pienso que alguien a tu nivel de trabajo no requiere todo ese secreto y...

Se interrumpió cuando el intercomunicador zumbó. Fue a contestar, y volvió para decir:

—Están subiendo.

## 2

Había dos hombres en la puerta. Uno de ellos era Boris Kupfer, con quien John había hablado ya otras veces..., ancho e inquieto, con un asomo de cerdosa barba en su mentón.

El otro era David Anderson, más bajo y de modales más serenos. Sus rápidos ojos se movían sin embargo de un lado para otro, sin perderse detalle.

—Susan —presentó John, inseguro, sujetando aún la puerta abierta—. Estos son los dos colegas de los que te hablé. Boris... —Tropezó con una laguna en sus bancos de memoria, y se detuvo.

—Boris Kupfer —dijo el hombre ancho lentamente, haciendo resonar unas monedas en su bolsillo—. Y este de aquí es David Anderson. Es muy amable por su parte, señorita...

—Susan Collins.

—Es muy amable por su parte haber brindado su residencia al señor Heath y a nosotros para una reunión privada. Le pedimos disculpas por invadir su tiempo y su intimidad de esta forma..., y si pudiera dejarnos solos durante un rato, se lo agradeceríamos enormemente.

Susan los miró solemnemente.

—¿Desean que me vaya a ver una película, o simplemente que pase a la otra habitación?

—Si pudiera ir usted a visitar a alguna amiga...

—No —dijo Susan firmemente.

—Puede disponer usted de su tiempo como mejor le plazca, por supuesto. Una película, si lo prefiere.

—Cuando yo digo «No» —replicó Susan—, quiero decir que no pienso marcharme. Quiero saber de qué se trata.

Kupfer pareció perplejo. Miró a Anderson por un momento, luego dijo:

—Se trata de algo confidencial, como el señor Heath le explicó, espero.

John, con aire intranquilo, aseguró:

—Ya se lo expliqué. Susan comprende...

—Susan no comprende —le interrumpió ella—, y no desea comprender por qué tiene que ausentarse de esto. Este es mi apartamento, y Johnny y yo vamos a casarnos dentro de dos semanas..., exactamente dos semanas a partir de hoy. Hemos creado la firma Johnny & Sue, y van a tener que tratar ustedes con la firma.

La voz de Anderson sonó por primera vez, sorprendentemente profunda y tan suave como si hubiera sido encerrada.

—Boris, la joven tiene razón. Como futura esposa del señor Heath, tiene un gran interés en lo que hemos venido aquí a proponer, y sería un error excluirla. Su interés en nuestra proposición es tan grande que, si estuviera dispuesta a marcharse, me vería en la obligación de rogarle que se quedara.

—Bien —dijo Susan—, entonces, amigos, ¿qué les parecen unas copas? Una vez se las haya traído, podremos empezar.

Los dos se sentaron rígidamente y bebieron de sus vasos con circunspección, y luego Kupfer dijo:

—Heath, no creo que sepa usted mucho acerca de los detalles químicos del trabajo de la compañía..., los productos cerebroquímicos, por ejemplo.

—En absoluto —admitió John, intranquilo.

—No hay ninguna razón para que lo sepa —dijo Anderson con voz meliflua.

—Las cosas son así —aseguró Kupfer, lanzando una incómoda mirada a Susan...

—No hay ninguna razón para entrar en detalles técnicos —dijo Anderson, casi al nivel inferior de audibilidad.

Kupfer enrojeció ligeramente.

—Sin detalles técnicos, Productos Farmacéuticos Quantum elabora sustancias cerebroquímicas que, como su nombre implica, son sustancias químicas que afectan al cerebro; es decir, mejoran el funcionamiento del cerebro.

—Debe ser un trabajo muy complicado —dijo Susan, muy compuesta.

—Lo es —aseguró Kupfer—. El cerebro de los mamíferos posee centenares de variedades moleculares características que no se encuentran en ningún otro lugar, y que sirven para modular la actividad cerebral, incluyendo aspectos de lo que podríamos denominar vida intelectual. El trabajo se halla bajo la más estricta seguridad dentro de la compañía, y es por eso por lo que Anderson no desea detalles técnicos. Sin embargo, puedo decir esto... No podemos ir más allá con experimentos con animales. Nos estrellamos contra una pared de ladrillos si no podemos probar directamente las respuestas humanas.

—Entonces, ¿por qué no lo hacen? —preguntó Susan—. ¿Qué se lo impide?

—¡La reacción del público si algo va mal!

—Usen voluntarios, entonces.

—No funcionará. Productos Farmacéuticos Quantum no resistirían la publicidad adversa si algo fuera mal.

Susan lo miró con burla.

—Entonces, ¿están trabajando ustedes por su propia cuenta?

Anderson alzó una mano para contener a Kupfer.

—Joven —dijo—, déjeme explicarme brevemente para poner fin a esta inútil esgrima verbal. Si tenemos éxito, seremos enormemente recompensados. Si fracasamos, Productos Farmacéuticos Quantum nos despedirá, y tendremos que pagar el precio que haya que pagar, como el desmoronamiento de nuestras carreras. Si nos pregunta usted por qué estamos dispuestos a correr ese riesgo, la respuesta es: no creemos que exista tal riesgo. Estamos razonablemente seguros que tendremos éxito; completamente seguros que no causaremos ningún daño. La compañía cree que no puede correr el riesgo; pero nosotros creemos que sí podemos. Ahora, Kupfer, siga adelante.

—Hemos desarrollado un activador químico de la memoria —dijo Kupfer—. Funciona con todos los animales con los que hemos ensayado. Su habilidad para aprender mejora asombrosamente. Debería funcionar también con los seres humanos.

—Eso suena excitante —dijo John.

—Es excitante —afirmó Kupfer—. La memoria no resulta mejorada ideando una forma en que el cerebro almacene más eficientemente la información. Todos nuestros estudios demuestran que el cerebro almacena un número casi ilimitado de datos, perfecta y permanentemente. La dificultad estriba en extraer esos datos. ¿Cuántas veces han tenido ustedes un nombre en la punta de la lengua y no han conseguido recordarlo? ¿Cuántas veces han fracasado intentando decir algo que estaban seguros de saber, y luego les ha surgido espontáneamente un par de horas más tarde, cuando estaban pensando en cualquier otra cosa? ¿Estoy expresándome correctamente, David?

—Correctamente —dijo Anderson—. Nosotros pensamos que el proceso de recordar resulta inhibido debido a que el cerebro de los mamíferos ha rebasado sus propias necesidades desarrollando un sistema de almacenaje demasiado perfecto. Un mamífero almacena más datos de información de los que necesita o es capaz de usar, y si todos ellos estuvieran disponibles al mismo tiempo, jamás sería capaz de elegir entre ellos con la suficiente rapidez como para conseguir una reacción apropiada. En consecuencia, el mecanismo del recuerdo resulta inhibido a fin de garantizar que los datos emerjan del almacén de la memoria en número fácil de manipular, y con los datos más deseados no enturbiados por el acompañamiento de otros numerosos datos de menor o nulo interés.

»Existe un precioso componente químico en el cerebro que funciona como un inhibidor de recuerdos, y poseemos un elemento químico que neutraliza la inhibición. Nosotros lo llamamos un desinhibidor, y por todo lo que podemos decir al respecto, no posee efectos secundarios nocivos.

Susan se echó a reír.

—Ya veo lo que viene a continuación, Johnny. Pueden marcharse, caballeros. Acaban de decir ustedes que el proceso de recordar resulta inhibido para permitir a los mamíferos reaccionar más eficientemente, y ahora dicen que el desinhibidor no posee efectos secundarios nocivos. Seguramente el desinhibidor hará que los mamíferos reaccionen menos eficientemente; quizá se encuentren absolutamente incapaces de reaccionar. Y ahora van a proponer ustedes que probemos eso con Johnny y veamos si se queda reducido a una inmovilidad catatónica o no.

Anderson se levantó, con sus delgados labios temblando. Dio unas cuantas zancadas rápidas hasta el fondo de la habitación, y regresó. Cuando volvió a sentarse, había recuperado su compostura y estaba sonriendo.

—En primer lugar, señorita Collins, se trata de un asunto de dosificación. Le hemos dicho que los animales experimentales desarrollaron toda una habilidad acrecentada para el aprendizaje. Naturalmente, no eliminamos completamente el inhibidor; simplemente lo suprimimos en parte. En segundo lugar, tenemos razones para creer que el cerebro humano puede manejar una completa desinhibición. Es mucho más grande que el cerebro de cualquier animal que hayamos probado, y todos conocemos su incomparable capacidad para el pensamiento abstracto.

»Es un cerebro diseñado para un recuerdo perfecto, pero las ciegas fuerzas de la evolución no han conseguido eliminar la sustancia química inhibidora que, después de todo, fue diseñada como protección y heredada de los animales inferiores.

—¿Están ustedes seguros? —preguntó John.

—No pueden estar ustedes seguros —dijo Susan categóricamente.

—Estamos seguros —aseguró Kupfer—, pero necesitamos la prueba para convencer a los demás. Es por eso por lo que debemos intentarlo en un ser humano.

—John, por supuesto —dijo Susan.

—Sí.

—Lo cual —siguió diciendo Susan—, nos lleva a la pregunta clave. ¿Por qué John?

—Bien —dijo Kupfer lentamente—, necesitamos a alguien con quien las posibilidades de éxito sean apreciables y con quien podamos demostrarlas claramente. No deseamos a nadie cuya capacidad mental sea tan baja que debamos emplear dosis peligrosamente grandes del desinhibidor; y tampoco deseamos a alguien tan brillante que el efecto no sea suficientemente apreciable. Necesitamos a alguien que represente a la media. Afortunadamente, tenemos todos los perfiles físicos y psicológicos de todos los empleados de Quantum, y en esto, y de hecho en otras muchas cosas, el señor Heath es ideal.

—¿Quieren decir que ya ha llegado hasta tan alto como podía llegar? —preguntó Susan.

John se agitó ante la exposición pública de aquel pensamiento que creía únicamente suyo, personal, secreto.

—Oh, vamos —dijo.

Ignorando la protesta de John, Kupfer respondió a Susan:

—Sí.

—¿Y podrá seguir subiendo si se somete al tratamiento?

Los labios de Anderson se distendieron en otra de sus frías sonrisas.

—Exacto. Podrá seguir subiendo. Esto es algo digno de pensar si tienen intención de casarse pronto... La firma Johnny & Sue, creo que la llamaron. Tal como están las cosas, no creo que la firma progrese mucho en Quantum, señorita Collins, pues aunque Heath es un empleado bueno y de confianza, ha llegado, como usted ha dicho, tan alto como podía llegar. Si toma el desinhibidor, sin embargo, puede convertirse en una persona notable y ascender con una sorprendente velocidad. Considere lo que eso puede significar para la firma.

—¿Qué tiene la firma que perder? —preguntó Susan hoscamente.

—No veo que pueda perder nada —contestó Anderson—. Se tratará de una dosis razonable, que le será administrada en los laboratorios mañana..., domingo. Tendremos todas las instalaciones a nuestra disposición; lo mantendremos bajo vigilancia durante unas cuantas horas... Estamos convencidos que nada puede ir mal. Si pudiera hablarle de nuestra concienzuda experimentación y de nuestra atenta exploración de todos los posibles efectos secundarios...

—Sobre animales —dijo Susan, no cediendo ni un milímetro de terreno.

Pero John intervino, tensamente:

—Yo tomaré la decisión, Sue. Creo que tengo algo que decir, con ese callejón sin salida con el que me encuentro en mi carrera. Para mí, vale la pena correr un poco de riesgo si eso significa despegar de esta situación.

—Johnny —le advirtió Susan—, no te precipites.

—Estoy pensando en la firma, Sue. Quiero contribuir con mi participación.

—Está bien —dijo Anderson—, pero consúltelo con la almohada. Le dejaremos dos copias de un contrato que le pedimos que examine y firme. Por favor, no se lo muestre a nadie, lo firme o no. Estaremos aquí de nuevo mañana por la mañana, para llevarle al laboratorio.

Sonrieron, se levantaron, y se fueron.

John leyó el contrato con un turbado fruncimiento de ceño, luego alzó la vista.

—No crees que deba aceptar, ¿verdad, Sue?

—Me preocupa, por supuesto.

—Mira, si tengo una posibilidad de salirme de este callejón sin salida...

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó Susan—. Me he encontrado con tantos locos y chiflados en mi corta vida que siento un gran alivio cuando me encuentro con un tipo simple y normal como tú, Johnny. Mira, yo también estoy al límite de mis posibilidades en mi trabajo.

—¿Tú al límite de tus posibilidades? ¿Con tu aspecto? ¿Con tu figura?

Susan bajó los ojos hacia sí misma con un toque de complacencia.

—Bueno, digamos simplemente que soy tu magnífica chica al límite de sus posibilidades —dijo.

### 3

Le dieron la inyección a las ocho de la mañana del domingo, no más de doce horas después que hubiera sido formulada la proposición. Un sensor corporal completamente computarizado estaba unido a John en una docena de lugares distintos, mientras Susan observaba con ojos atentos y aprensivos.

—Por favor, Heath, relájese —dijo Kupfer—. Todo está yendo bien, pero la tensión acelera el ritmo cardíaco, eleva la presión sanguínea, y altera nuestros resultados.

—¿Cómo puedo relajarme? —murmuró John.

—¿Altera los resultados hasta el punto que no sepan ustedes si la cosa funciona? —intervino Susan secamente.

—No, no —contestó Anderson—. Boris dice que todo va bien, y es cierto. Se trata simplemente del hecho que nuestros animales eran sometidos siempre a sedación antes de la inyección, y no hemos creído que la sedación fuera apropiada en este caso. Así que si no podemos obtener sedación, debemos esperar tensión. Simplemente respire con lentitud y haga lo posible por minimizarla.

Era ya última hora de la tarde cuando fue finalmente desconectado.

—¿Cómo se siente? —preguntó Anderson.

—Nervioso —dijo John—. Por otra parte, completamente bien.

—¿Ningún dolor de cabeza?

—No. Pero tengo ganas de ir al cuarto de baño. No puedo aliviarme con el orinal plano.

—Por supuesto.

John se levantó, frunciendo el ceño.

—No observo ninguna mejora en particular en la memoria.

—Eso tomará algún tiempo, y será gradual. El desinhibidor debe cruzar primero la barrera del flujo sanguíneo del cerebro, ya sabe —dijo Anderson.

### 4

Era casi medianoche cuando Susan rompió lo que se había convertido en una opresiva velada silenciosa en la que ninguno de los dos había prestado mucha atención a la televisión.

—Tendrías que quedarte aquí esta noche —dijo—. No quiero que estés solo cuando no sabes realmente lo que te puede pasar.

—No siento absolutamente nada —dijo John lúgubrementemente—. Sigo siendo yo.

—Yo me ocuparé de todo, Johnny. ¿No sientes ningún dolor o incomodidad, nada extraño?

—Creo que no.

—Me gustaría que no lo hubiéramos hecho.

—Por la firma —dijo John, sonriendo débilmente—. Tenemos que correr algunos riesgos por la firma.

John durmió inquieto y se despertó pesadamente, pero a su hora. Y llegó también a su hora al trabajo, para iniciar una nueva semana.

A las once, sin embargo, su aire adusto atrajo la desfavorable atención de su inmediato superior, Michael Ross. Ross era fornido y cejijunto, y encajaba con el estereotipo del estibador sin serlo en absoluto. John se llevaba bien con él, aunque no le gustaba el hombre.

Con su voz de bajo, Ross preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a su habitual buen humor, Heath..., sus chistes..., su eterna sonrisa?

Ross cultivaba un cierto preciosismo en su forma de hablar, como si se sintiera ansioso por borrar su imagen de estibador.

—No me siento en muy buena forma —contestó John, sin alzar la vista.

—¿Resaca?

—No, señor —dijo John, fríamente.

—Bien, entonces anímese. No va a ganar ningún amigo esparciendo por los campos hierba hedionda mientras retoza por ellos.

John sintió deseos de lanzar un gruñido. Las afectaciones pseudoliterarias de Ross eran tediosas en sus mejores momentos, y aquel no era precisamente el mejor de sus momentos.

Y para empeorar las cosas, John captó el horrible olor de un cigarro rancio y supo que James Arnold Prescott —el jefe de la división de ventas— no podía estar muy lejos.

No lo estaba. Miró a su alrededor y dijo:

—Mike, ¿cuándo y qué vendimos a Rahway la primavera pasada o por aquel entonces? Hay algún maldito problema con ello, y creo que los detalles de la operación fueron mal computarizados.

La pregunta no iba dirigida a él, pero John dijo suavemente:

—Cuarenta y cuatro frascos de PCAP. Fue el 14 de abril, factura número P-20543, con un cinco por ciento de descuento en caso de pago dentro de los treinta días. El pago fue recibido el 8 de mayo.

Aparentemente, todo el mundo en la habitación lo oyó. Al menos, todo el mundo alzó la vista.

—¿Cómo demonios sabe usted todo eso? —preguntó Prescott.

John se quedó mirando por un momento a Prescott, con una enorme sorpresa en su rostro.

—Simplemente lo recordé, J. P.

—Lo recordó, ¿eh? Repítalo.

John lo hizo, tartamudeando un poco, y Prescott tomó nota en uno de los papeles del escritorio de John, resollando ligeramente al inclinarse, cuando su cintura comprimió el protuberante abdomen contra el diafragma e hizo dificultosa su respiración. John intentó apartar el humo de su cigarro, sin conseguirlo completamente.

—Ross —dijo Prescott—, compruebe esto en su computadora y vea si realmente hay algo. —Se volvió hacia John con una afligida mirada—. No me gusta ese tipo de bromas. ¿Qué hubiera hecho usted si yo hubiera aceptado esos datos suyos y me hubiera marchado con ellos?

—No hubiera hecho nada. Son correctos —contestó John, consciente de ser el centro de la atención general.

Ross tendió a Prescott la hoja de impresora. Prescott la miró y preguntó:

—¿Esto es de la computadora?

—Sí, J. P.

Prescott miró el papel, luego dijo, con una inclinación de cabeza hacia John:

—¿Y qué es él? ¿Otra computadora? Los datos son correctos.

John intentó esbozar una débil sonrisa, pero Prescott lanzó un gruñido y se fue, dejando el hedor de su cigarro como un recuerdo flotante de su presencia.

—¿Qué demonios fue ese pequeño juego de manos, Heath? —preguntó Ross—. ¿Se enteró usted de lo que deseaba saber J. P. y lo buscó por anticipado para anotarse un tanto?

—No, señor —contestó John, que estaba ganando confianza—. Simplemente lo recordé. Tengo buena memoria para esas cosas.

—¿Y se ha tomado la molestia de mantenerlo en secreto ante sus leales compañeros durante todos estos años? Nadie aquí ha tenido nunca la menor idea del hecho que escondiera usted una buena memoria bajo esa cabezota suya.

—No servía de nada hacer exhibición de ello, ¿no cree, señor Ross? Ahora que lo he hecho, no parece que haya caído muy bien, ¿verdad?

Era cierto. Ross le lanzó una furibunda mirada y se alejó.

## 6

La excitación de John en la mesa del Gino's, mientras cenaban aquella noche, le hizo difícil hablar coherentemente, pero Susan escuchó con paciencia e intentó actuar como fuerza estabilizadora.

—Puede que simplemente recordaras, ya sabes —dijo—. En sí mismo, eso no prueba nada, Johnny.

—¿Estás loca? —Bajó la voz cuando Susan echó una rápida mirada a su alrededor y repitió casi en un susurro—: ¿Estás loca? No creerás que es la única cosa que recuerdo, ¿verdad? Creo poder recordar todo lo que he oído alguna vez. Es simplemente cuestión de buscar. Por ejemplo, indícame algún verso de Shakespeare.

—Ser o no ser.

John hizo un gesto despectivo.

—No hagas bromas. Oh, está bien, no importa. El asunto es que si tú recitas cualquier verso, puedo seguirlo a partir de ahí durante tanto tiempo como quieras. Leí algunas de sus obras en la clase de literatura inglesa en la universidad y algunas otras por mí mismo, y puedo recordar palabra por palabra cada una de ellas. Lo he probado. ¡Funciona! Supongo que puedo reproducir gran parte de cada libro o artículo o periódico que haya leído alguna vez, o de cualquier programa de televisión que haya visto..., palabra a palabra o escena a escena.

—¿Y qué harás con todo eso? —preguntó Susan.

—No lo tengo todo conscientemente en mi cabeza durante todo el tiempo —dijo John—. Espero que no pienses... Oh, pidamos la cena...

Cinco minutos más tarde, dijo:

—Espero que no pienses... Dios mío, no he olvidado dónde interrumpimos la conversación. ¿No es sorprendente?... Espero que no pienses que estoy nadando en un mar mental de versos shakesperianos durante todo el tiempo. El recordar requiere un esfuerzo; no mucho, pero un esfuerzo.

—¿Cómo funciona?

—No lo sé. ¿Cómo levantas tu brazo? ¿Qué órdenes das a tus músculos? Simplemente deseas alzar el brazo, y el brazo se alza. No representa ningún problema hacerlo, pero tu brazo no se alza hasta que tú desees que lo haga. Bien, recuerdo todo lo que he leído o visto cuando lo deseo, pero no cuando no lo deseo. No sé cómo lo hago, pero lo hago.

Llegó el primer plato, y John lo atacó alegremente.

Susan pinchó una seta de su plato.

—Suenan excitante.



—¿Excitante? He conseguido la mayor y más maravillosa herramienta de todo el mundo. Mi propio cerebro. Escucha, puedo deletrear correctamente cualquier palabra, y estoy completamente seguro que jamás volveré a cometer ningún error gramatical.

—¿Porque recuerdas todos los diccionarios y gramáticas que has leído en toda tu vida?

John la miró fijamente.

—No seas sarcástica, Sue.

—No estaba siendo...

Él la acalló con un gesto de su mano.

—Nunca he utilizado diccionarios para leer en la cama. Pero recuerdo todas las palabras y frases de mis lecturas, y estaban correctamente escritas y correctamente fraseadas.

—No estés tan seguro. Te apuesto a que has visto también cualquier palabra mal escrita en todas las formas posibles, y también cualquier ejemplo posible de mal empleo gramatical.

—Eso eran excepciones. La mayor parte de las veces que me he asomado a la literatura inglesa, las he encontrado escritas correctamente. Eso pasa por encima de los accidentes, los errores y la ignorancia. Lo que es más, estoy seguro de seguir mejorando mientras estoy sentado aquí, haciéndome cada vez más inteligente.

—Y no te sientes preocupado. ¿Y si...?

—¿Qué puede ocurrir si me vuelvo demasiado inteligente? Explícame cómo demonios crees que volverse demasiado inteligente puede ser perjudicial.

—Iba a decir que lo que estás experimentando no es inteligencia —dijo Susan fríamente—. Es únicamente recuerdo total.

—¿Qué quieres dar a entender con «únicamente»? Si lo recuerdo todo perfectamente, si utilizo el idioma inglés correctamente, si sé cantidades incontables de datos, ¿no hace todo eso que parezca más inteligente? ¿Qué otra cosa necesita uno para definir la inteligencia? ¿No te estarás volviendo un poco celosa, Sue?

—No —contestó, más fríamente aún—. Siempre puedo ponerme yo también una inyección, si me siento desesperada al respecto.

John depositó su tenedor sobre la mesa.

—Supongo que no lo dirás en serio.

—No, pero, ¿y si fuera así?

—Porque no puedes tomar ventaja de tus conocimientos especiales para privarme de mi posición.

—¿Qué posición?

Llegó el plato principal, y durante algunos momentos John se mantuvo atareado. Luego dijo, en un susurro:

—Mi posición como el primer hombre del futuro. ¡El *Homo superior*! Nunca habrá demasiados de nosotros. Ya oíste lo que dijo Kupfer. Algunos son demasiado torpes como para conseguirlo. Otros son demasiado listos como para que cambien mucho. ¡Yo soy el ideal!

Susan alzó una comisura de su boca.

—Un callejón sin salida.

—Así fue, antes. Habrá otros como yo, de acuerdo. No muchos, pero habrá otros. Se trata tan sólo que quiero conseguir mis metas antes que esos otros lleguen. Es por la firma, ¿sabes? ¡Por nosotros!

Se sumió en sus pensamientos, comprobando delicadamente su cerebro.

Susan comió en un silencio infeliz.

John pasó varios días organizando sus recuerdos. Era como la preparación de un ordenado libro de referencia. Una a una, fue recordando todas sus experiencias en los seis años que llevaba en Productos Farmacéuticos Quantum, y todo lo que había oído, y todos los papeles y memorándums que había leído.

No tuvo ninguna dificultad en desechar lo irrelevante y lo carente de importancia, y almacenarlo en un departamento de «consérvese hasta futura orden», donde no interfiriera con su análisis. Otros datos fueron puestos en orden de modo que establecieran una progresión natural.

Contra el andamiaje de esa organización, resucitó todos los chismes que había oído; las habladurías, maliciosas o de las otras; las frases casuales y las interjecciones en las conferencias que no había sido consciente de haber oído en su momento. Los datos que no encajaban con nada del fondo que había montado en su cabeza eran inservibles, vacíos de contenido fáctico. Pero aquellos que encajaban cliqueteaban firmemente en su lugar y podían ser vistos como ciertos por ese mismo hecho.

Cuanto más crecía la estructura, y más coherente se hacía, más significativos se volvían los nuevos datos y más fácil era encajarlos en el conjunto.

Ross se detuvo junto al escritorio de John el jueves.

—Quiero verle en mi oficina inmediatamente, Heath, si sus piernas quieren dignarse llevarle en esa dirección.

John se puso intranquilo en pie.

—¿Es necesario? Tengo trabajo.

—Sí, parece que tiene usted trabajo. —Ross miró el despejado escritorio, que en aquel momento no tenía encima más que una foto de estudio de una sonriente Susan—. Ha tenido todo ese trabajo durante toda la semana. Pero me ha preguntado si era necesario verme en mi oficina. Para mí, no; pero para usted, es vital. Ahí está la puerta de mi oficina. Ahí está la puerta de salida de esta empresa. Elija una u otra, y hágalo rápido.

John asintió y, sin apresurarse más de lo necesario, siguió a Ross a su oficina.

Ross se sentó tras su escritorio, pero no invitó a John a que se sentara también. Mantuvo una dura mirada durante un momento, y luego preguntó:

—¿Qué demonios le ha pasado esta semana, Heath? ¿No sabe usted cuál es su trabajo?

—Teniendo en cuenta que ya está hecho, yo diría que sí lo sé —contestó John—. El informe sobre el microcósmico está sobre su escritorio y completo, y siete días antes del plazo fijado. Dudo que tenga usted alguna queja al respecto.

—¿Lo duda, de veras? ¿Tengo permiso de quejarme, si elijo hacerlo después de conversar con mi alma? ¿O estoy condenado a consultarle a usted para solicitar dicho permiso?

—Aparentemente no me he explicado bien, señor Ross. Dudo que tenga usted quejas racionales al respecto. Tener quejas de esa otra variedad es asunto enteramente suyo.

Ross se puso en pie.

—Escuche, amigo, si decido echarle, no va a conseguir ninguna habladuría que ir transmitiendo por ahí. No va a oír de mi boca nada que pueda alegrar su retorcida mente. Va a salir directamente por esa puerta dando una voltereta, y yo voy a ser quien proporcione la fuerza impulsora necesaria para esa voltereta. Métase eso en su pequeño cerebro, y métase también su lengua en su boca... El que haya hecho usted o no su trabajo no es lo que se está discutiendo ahora aquí. Se discute todo lo demás que ha hecho usted. ¿Quién y qué le da derecho a meterse en los asuntos de los demás?

John no dijo nada.

—¿Y bien? —rugió Ross.

—Su orden fue: «Métase también su lengua en su boca».

Ross se puso peligrosamente rojo.

—Pero responderá a las preguntas que se le hagan.

—Muy bien —asintió John—. No tengo constancia de haberme metido en los asuntos de nadie.

—No hay ninguna persona en este lugar a la que usted no le haya enmendado errores cometidos al menos una vez. Se echó encima de Willoughby en relación con la correspondencia de la TMP; se metió usted en los archivos generales utilizando el acceso de la computadora de Bronstein; y Dios sabe qué otras cosas habrá hecho que aún no han llegado a mis oídos en los últimos dos días. Está interfiriendo con el trabajo de este departamento, y eso es algo que debe cesar a partir de ahora mismo. La calma debe renacer, e instantáneamente, o va a producirse un tornado para usted, amigo.

—Si he interferido en el sentido más estricto del término —dijo John—, ha sido por el bien de la compañía. En el caso de Willoughby, su tratamiento en el asunto de la TMP hubiera situado a Productos Farmacéuticos Quantum en una situación de violación de las regulaciones gubernamentales, cosa que le señalé a usted en uno de los varios memorándums que le envié y que aparentemente no ha tenido ocasión de leer. En cuanto a Bronstein, simplemente estaba ignorando las directrices generales y costándole a la compañía cincuenta mil dólares de pruebas innecesarias, algo que fui capaz de establecer fácilmente localizando la correspondencia necesaria..., simplemente para corroborar mis claros recuerdos de la situación.

Ross estaba hinchándose visiblemente mientras el otro hablaba.

—Heath —dijo—, está usurpando usted mis funciones. En consecuencia, recoja todos sus efectos personales y salga de aquí antes de la hora de comer, y no regrese nunca. Si lo hace, tendré un gran placer en ayudarlo a salir de nuevo con mi pie. Su carta oficial de despido estará en sus manos, o metida en su garganta, antes que haya tenido tiempo de recoger sus cosas, por muy rápidamente que pueda hacerlo.

—No intente intimidarme, Ross —replicó John—. Ha costado usted a la compañía un cuarto de millón de dólares con su incompetencia, y usted lo sabe.

Hubo una corta pausa mientras Ross se deshinchaba. Cautelosamente, preguntó:

—¿De qué demonios está hablando?

—Productos Farmacéuticos Quantum hicieron todo lo posible por conseguir el pedido de la Nutley, y fracasaron porque un determinado elemento de información que estaba en manos de usted se quedó en sus manos y nunca llegó al consejo de dirección. O lo olvidó o no se preocupó de entregarlo, pero en cualquier caso no es usted el hombre adecuado para su trabajo. O es incompetente, o se dejó sobornar.

—Está usted loco.

—Nadie necesita creermelo. La información está en la computadora, si uno sabe dónde mirar, y yo sé dónde mirar. Es más, el dato está en los archivos, y estará en los escritorios de las partes interesadas dos minutos después que yo abandone este lugar.

—Aunque fuera así —dijo Ross, hablando con dificultad—, usted no podría saberlo. Este es un estúpido intento de chantaje que puede ser calificado como difamación.

—Usted sabe que no es difamación. Si duda del hecho que poseo la información, déjeme decirle que hay un memorándum que no está en los archivos, pero que puede ser reconstruido sin demasiada dificultad a partir de lo que hay allí. Tendrá que explicar su ausencia, y evidentemente se supondrá que usted lo destruyó. Sabe que no estoy faroleando.

—Esto sigue siendo un chantaje.

—¿Por qué? No estoy exigiéndole nada, no le amenazo. Simplemente estoy explicándole mis actos de los últimos dos días. Por supuesto, si me veo obligado a presentar mi dimisión, deberé explicar por qué dimito, ¿no lo cree usted así?

Ross no dijo nada.

Fríamente, John añadió:

—¿Es solicitada formalmente mi dimisión?

—¡Salga de aquí!

—¿Con mi trabajo? ¿O sin él?

—Tiene usted su trabajo —dijo Ross.

Su rostro era un estudio del odio.

## 8

Susan había preparado una cena en su apartamento, y se había tomado muchas molestias con ella. Nunca, en su propia opinión, se había vestido en forma tan incitadora, y nunca se había preocupado tanto por apartar a John, al menos un poco, de su total concentración sobre su propia mente.

—Después de todo —le dijo, con un intento de entusiasmo—, estamos celebrando los últimos nueve días de soltería.

—Estamos celebrando más que eso —dijo John con una ceñuda sonrisa—. Han transcurrido sólo cuatro días desde que me aplicaron el desinhibidor, y ya he conseguido poner a Ross en su sitio. Nunca volverá a molestarme.

—Creo que cada uno de los dos tiene su propia noción de lo que hay que celebrar —observó Susan—. Cuéntame los detalles de tu tierna remembranza.

John se lo contó enérgicamente, repitiendo la conversación al pie de la letra y sin la menor vacilación.

Susan escuchó rígidamente, sin unirse en ningún momento al creciente triunfo en la voz de John.

—¿Cómo sabías todo eso acerca de Ross?

—No existen los secretos, Sue —dijo John—. Las cosas simplemente parecen secretas porque la gente no las recuerda. Si puedes recordar cada observación, cada comentario, cada palabra que se te dice o captas, y las examinas en combinación, descubrirás que cada una encaja de forma precisa con las demás. De ellas puedes extraer un significado que, en estos días de computarización, te llevará directamente a los registros necesarios. Puede hacerse. Yo puedo hacerlo. Ya lo he hecho, en el caso de Ross. Y puedo hacerlo en el caso de cualquiera con quien me asocie.

—También puedes ponerlos furiosos.

—Puse a Ross furioso. Puedes apostar a que sí.

—¿Fue eso prudente?

—¿Qué puede hacerme? Lo dejé frío.

—Está bastante arriba en el escalafón...

—No por mucho tiempo. Tengo una cita mañana a las dos de la tarde con el viejo Prescott y su hediondo cigarro, y aprovecharé de paso para cortarle la hierba bajo los pies a Ross.

—¿No crees que estás moviéndote demasiado rápido?

—¿Moviéndome demasiado rápido? Aún no he empezado. Prescott es sólo un peldaño. Productos Farmacéuticos Quantum son sólo un peldaño.

—Sigues siendo demasiado rápido. Johnny, necesitas a alguien que te dirija. Necesitas...

—No necesito nada. Con lo que tengo —se palmeó la sien—, no hay nada ni nadie que pueda detenerme.

—Está bien, mira, no discutamos eso —admitió Susan—. Tenemos otros planes que hacer.

—¿Planes?

—Los nuestros. Vamos a casarnos dentro de nueve días. Supongo que no habrás vuelto a los tristes viejos días en los que olvidabas las cosas —añadió con una clara ironía en su voz.

—Recuerdo la boda —dijo John, irritado—, pero por el momento tengo que reorganizar Quantum. De hecho, he estado pensando seriamente en posponer la boda hasta que tenga las cosas bien por la mano.

—Oh. ¿Y cuándo podría ser eso?

—Es difícil decirlo. No mucho, al ritmo en que estoy haciéndolo. Un mes o dos, supongo. A menos —y descendió hacia el sarcasmo— que tú consideres que eso es moverse demasiado rápido.

Susan estaba respirando afanosamente.

—¿Planeas consultar eso conmigo?

John alzó las cejas.

—¿Crees que es necesario? ¿Con qué fin? Seguro que ves por ti misma lo que está pasando. No podemos interrumpirlo y perder el impulso... Escucha, sabes que soy un fenómeno matemático. Puedo multiplicar y dividir tan rápido como una computadora, porque en un determinado momento de mi vida estudié a fondo la aritmética y puedo recordar las respuestas. Leo una tabla de raíces cuadradas, y puedo...

—Dios mío, Johnny, eres un niño con un juguete nuevo —exclamó Susan—. Has perdido tu perspectiva. El recordar instantáneamente las cosas no sirve para nada excepto para hacer trucos con ello. No te da ni un ápice más de inteligencia, ni un gramo; ni una pizca más de buen juicio; ni un soplo más de sentido común. Eres tan seguro para tenerte a tu alrededor como un niño con una granada cargada y con la anilla quitada en la mano. Necesitas buscarte a alguien que tenga cerebro.

John frunció el ceño.

—¿De veras? Me parece que estoy consiguiendo lo que deseo.

—¿Estás seguro? ¿No es cierto que yo también formo parte de lo que deseas?

—¿Qué?

—Sigue adelante, Johnny. Tú me deseas. Sigue adelante y tómate. Ejercita esa notable cualidad de recordar que posees. Recuerda quién soy, lo que soy, las cosas que podemos hacer, el calor, el afecto, el sentimiento.

John, con la frente fruncida aún por el desconcierto, tendió sus brazos hacia Susan.

Ella se apartó.

—Pero no me has conseguido, no has conseguido nada de mí. No puedes recordarme entre tus brazos; tienes que amarme entre ellos. El problema es que no posees el buen sentido de hacerlo, y te falta la inteligencia necesaria para establecer unas prioridades razonables. Así que toma esto y sal de mi apartamento, o te golpearé con algo mucho más pesado.

Él dio un paso hacia delante para tomar el anillo de compromiso.

—Susan...

—He dicho: fuera de aquí. La firma de Johnny & Sue acaba de disolverse.

Su rostro irradiaba furia, y John dio mansamente la vuelta y salió.

## 9

Cuando llegó a Quantum a la mañana siguiente, Anderson estaba aguardándole con una expresión de ansiosa impaciencia en su rostro.

—Señor Heath —dijo, sonriendo y alzándose.

—¿Qué desea? —preguntó John.

—¿Es lo bastante privado este lugar, puedo estar seguro?

—Por lo que sé, no hay micrófonos ocultos en él.

—Tiene que presentarse usted pasado mañana para un examen. El domingo. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto que lo recuerdo. Soy incapaz de no recordarlo. Sin embargo, soy capaz de cambiar de opinión. ¿Para qué necesito un examen?

—¿Por qué no, señor Heath? Resulta bastante claro, por lo que Kupfer y yo hemos oído, que el tratamiento parece haber funcionado espléndidamente. De hecho, deseamos no tener que esperar hasta el domingo. Si puede venir conmigo hoy..., ahora, de hecho..., eso nos simplificaría mucho las cosas: a nosotros, a Quantum, y por supuesto a la Humanidad.

—Pudieron haberme tenido en observación con ustedes desde el principio —dijo John secamente—. Pero prefirieron enviarme a seguir con mi vida normal, para que me moviera y trabajara sin supervisión de ninguna clase y así poder comprobar ustedes los resultados bajo condiciones de campo, obteniendo una mejor idea de cómo iban las cosas. Eso significaba un mayor riesgo para mí, pero eso a ustedes no les importó, ¿verdad?

—Señor Heath, nada de eso se nos pasó por la cabeza. Nosotros...

—No hace falta que me diga nada. Recuerdo hasta la última palabra de lo que usted y Kupfer me dijeron el domingo pasado, y me resulta completamente claro que todo eso estaba en sus mentes. Así que si corro el riesgo, acepto los beneficios. No tengo intención de presentarme como un fenómeno bioquímico que ha conseguido su habilidad al extremo de una aguja hipodérmica. Ni deseo tampoco que haya otros como yo danzando por los alrededores. A partir de ahora, yo poseo el monopolio, y pretendo utilizarlo. Cuando esté listo, no antes, estaré dispuesto a cooperar con ustedes en beneficio de la Humanidad. Pero recuerde que yo soy el único que sabrá cuándo estaré listo, no usted. Así que no me llame: yo le llamaré.

Anderson consiguió esbozar una ligera sonrisa.

—¿Cree usted, señor Heath, que puede impedirnos efectuar nuestro anuncio? Aquellos que han tratado con usted esta semana no tendrán ningún problema en reconocer el cambio que se ha operado en su persona y en atestiguar sobre él.

—¿Realmente? Mire, Anderson, escuche atentamente, y hágalo sin esa estúpida sonrisa en su rostro. Me irrita. Le dije que recuerdo cada palabra que usted y Kupfer pronunciaron. Recuerdo cada detalle de su expresión, cada mirada de soslayo. Todo eso hablaba por sí mismo. Me dijo lo suficiente como para comprobar los registros de bajas por enfermedad de la compañía con una idea bastante acertada de lo que estaba buscando. Parece que yo no he sido el primer empleado de Quantum con quien han probado ustedes el desinhibidor.

Anderson, naturalmente, ya no estaba sonriendo.

—Eso es una estupidez.

—Sabe usted que no, y sabe también que puedo probarlo. Conozco los nombres de las personas involucradas..., una de ellas una mujer..., y los hospitales en los que fueron tratadas, y las falsas historias clínicas que se les proporcionó. Puesto que no me advirtieron ustedes de ese detalle cuando me utilizaron como su cuarto animal experimental de dos patas, no les debo nada excepto una sentencia de prisión.

—No voy a discutir este asunto —dijo Anderson—. Pero déjeme decirle algo. El tratamiento desaparecerá, Heath. No conservará usted su capacidad total de recuerdo. Tendrá que volver para más tratamiento, y puede estar seguro que entonces será bajo nuestras condiciones.

—¡Tonterías! —exclamó John—. No crea que no he investigado sus informes..., al menos aquellos que no han mantenido en secreto. Y poseo ya una noción de los aspectos que han mantenido en secreto. El tratamiento se prolonga más en algunos casos que en otros. Invariablemente dura más en los casos en que es más efectivo. En mi caso, el tratamiento ha sido

extraordinariamente efectivo, y durará un tiempo considerable. En el momento en que tenga que volver a ustedes, si es que tengo que hacerlo alguna vez, me hallaré en una posición desde la cual cualquier intento por su parte de no cooperar resultará rápidamente devastador para ustedes mismos. No piensen ni siquiera en ello.

—Usted, ingrato...

—No me moleste —dijo John cansadamente—. No tengo tiempo para escuchar sus tonterías. Márchese, tengo trabajo que hacer.

El rostro de Anderson era un estudio de miedo y frustración cuando se fue.

## 10

Eran las 2.30 de la tarde cuando John entró en la oficina de Prescott, sin importarle por una vez el humo del cigarro. No pasaría mucho tiempo, lo sabía, sin que Prescott tuviera que elegir entre sus cigarros y su posición.

Con Prescott estaban Arnold Gluck y Lewis Randall, de modo que John tuvo el torvo placer de saber que estaba enfrentándose a los tres hombres principales de la división.

Prescott apoyó su cigarro en el cenicero y dijo:

—Ross me pidió que le concediera a usted media hora, y eso es todo lo que voy a concederle. Usted es el del truco de la memoria, ¿verdad?

—Mi nombre es John Heath, señor, y deseo presentarle una racionalización de procedimientos para la compañía; una que utilizará plenamente las ventajas de la era de las computadoras y la electrónica, y estará preparada para las futuras modificaciones que requieran las mejoras tecnológicas.

Los tres hombres se miraron entre sí.

Gluck, cuyo rostro cubierto de arrugas estaba curtido como cuero viejo, dijo:

—¿Es usted un experto en racionalización de oficinas?

—No necesito serlo, señor. Llevo aquí seis años, y recuerdo perfectamente todos los detalles de procedimiento en cada transacción en la que he participado. Eso significa que el esquema de tales transacciones resulta claro para mí, y sus imperfecciones obvias. Puedo ver las tendencias generales, y debo decir que lo que se está haciendo aquí es poco eficiente y caro. Si me escuchan, me explicaré. Descubrirán que es fácil de comprender.

Randall, cuya cabellera pelirroja y cuyas pecas lo hacían parecer más joven de lo que era, dijo sardónicamente:

—Espero que sea muy fácil, porque nos cuesta comprender los conceptos complicados.

—No van a tener ningún problema —aseguró John.

—Y no va a tener usted ni un segundo más de veintiún minutos —dijo Prescott, controlando su reloj.

—No necesitaré tanto —afirmó John—. Lo tengo todo bien diagramado, y puedo hablar rápido.

Le tomó quince minutos, y los tres directores permanecieron notablemente silenciosos durante aquel intervalo.

Finalmente, con una mirada hostil llameando en sus pequeños ojos, Gluck dijo:

—Eso suena como si estuviera diciendo usted que podemos seguir adelante con únicamente la mitad del personal que estamos empleando actualmente.

—Menos de la mitad —dijo John fríamente—, y conseguir con ello una mayor eficiencia. No podemos despedir al personal ordinario a voluntad debido a los sindicatos, pero podemos irlos despachando fácilmente por cansancio. El cuerpo directivo, en cambio, no está protegido, y puede

ser simplemente eliminado. Obtendrán sus pensiones si son lo suficientemente viejos, y pueden conseguir nuevos trabajos si son lo suficientemente jóvenes. Nuestro principal pensamiento debe dirigirse hacia Quantum.

Prescott, que había mantenido un ominoso silencio, dio una furiosa chupada a su tóxico cigarro y dijo:

—Cambios como ese deben ser considerados con mucha cautela y ser realizados, si se decide hacerlo, con la máxima precaución. Lo que parece lógico sobre el papel puede perder toda su efectividad cuando entra en juego el factor humano.

—Prescott —dijo John—, si esta reorganización no es aceptada en el plazo de una semana, y no se me pone a mí a cargo de su puesta en práctica, dimitiré. No voy a tener ningún problema en encontrar trabajo en una firma más pequeña donde este plan pueda ser llevado más fácilmente a la práctica. Empezando con un pequeño grupo de directivos, puedo ampliar tanto en cantidad como en eficiencia nuestros objetivos sin tener que contratar a más gente, y al cabo de un año llevar a Quantum a la bancarrota. Sería divertido hacer eso si me veo empujado a ello, así que estúdienlo cuidadosamente. Mi media hora ha terminado. Adiós.

Y se fue.

## 11

Prescott se quedó contemplando su marcha con una mirada de frío cálculo. Dijo a los otros dos:

—Creo que sabe lo que dice, y que conoce cada factor de nuestras operaciones mejor incluso que nosotros. No podemos permitir que se vaya.

—¿Quiere decir que tenemos que aceptar su plan? —preguntó Randall, impresionado.

—Yo no he dicho eso. Márchense los dos, y recuerden que todo esto es confidencial.

—Tengo la sensación —comentó Gluck— que si no hacemos algo, los tres vamos a encontrarnos con nuestros traseros en la calle en el término de un mes.

—Es muy probable —admitió Prescott—, así que haremos algo.

—¿Qué?

—Si no lo sabe, no le podrá hacer ningún daño. Déjemelo a mí. Olvídelo por ahora, y pase un buen fin de semana.

Cuando se habían ido, pensó durante un rato, masticando furiosamente su cigarro. Luego se volvió hacia su teléfono y marcó una extensión.

—Aquí Prescott. Deseo que se presente usted en mi oficina apenas llegue el lunes por la mañana. Apenas llegue, ¿ha entendido?

## 12

Anderson parecía un tanto desaliñado. Había pasado un mal fin de semana. Prescott, que aún lo había pasado peor, le dijo malignamente:

—Usted y Kupfer lo intentaron de nuevo, ¿verdad?

—Es mejor no discutir eso, señor Prescott —dijo Anderson en voz baja—. Recordará que se convino que, en ciertos aspectos de la investigación, se establecería una distancia. Teníamos que aceptar los riesgos o la gloria, y Quantum compartiría lo último, pero no lo primero.



—Y su salario fue doblado, con la garantía que todos los honorarios legales serían responsabilidad de Quantum; no olvide eso. Ese hombre, John Heath, fue tratado por usted y Kupfer, ¿no? Vamos. No hay la menor duda. No sirve de nada ocultarlo.

—Bueno, sí.

—Y fueron ustedes tan brillantes que lo volvieron contra nosotros..., a esa..., esa tarántula.

—No anticipamos que pudiera ocurrir esto. Cuando no cayó inmediatamente en estado de *shock*, pensamos que era nuestra primera oportunidad de comprobar el proceso sobre la marcha. Pensamos que podía fallar al cabo de dos o tres días, o seguir adelante.

—Si yo no me hubiera protegido tan condenadamente bien —dijo Prescott—, no hubiera apartado todo el asunto de mi mente, y hubiera podido suponer lo que había ocurrido cuando ese bastardo tiró por primera vez de los hilos de la computadora y extrajo los detalles de las correspondencias que no era asunto suyo recordar... Está bien, ahora al menos sabemos dónde estamos. Quiere relanzar la compañía con un nuevo plan operativo que no podemos permitir que ponga en marcha. Pero tampoco podemos permitir que se vaya de aquí.

—Teniendo en cuenta la capacidad de Heath para recordar y para la síntesis —dijo Anderson—, ¿es posible que ese plan de operaciones sea bueno?

—No me importa si lo es o no. Ese bastardo va detrás de mi puesto, y quién sabe del de quién más, y tenemos que librarnos de él.

—¿Qué quiere decir con librarse de él? Puede ser de vital importancia para el proyecto cerebroquímico.

—Olvide eso. Es un desastre. Está creando usted a un super Hitler.

—El efecto desaparecerá —aseguró Anderson, con una angustia casi inaudible.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—En este momento no puedo estar seguro.

—Entonces no puedo correr riesgos. Tendremos que tomar medidas, y llevarlas a cabo mañana como máximo. No podemos esperar más tiempo.

## 13

John se sentía de muy buen humor. La forma en la cual Ross le evitaba cuando podía y hablaba deferentemente con él cuando no podía, afectaba a todo el mundo. Había un cambio extraño y radical en la ley del más fuerte, con él a la cabeza.

John no podía negar que aquello le gustaba. Gozaba con ello. La marea se estaba moviendo con una fuerza y una rapidez increíbles. Hacía tan sólo nueve días desde la inyección del desinhibidor, y cada paso había sido hacia adelante.

Bueno, no, estaba la tonta rabieta de Susan hacia él, pero se ocuparía de aquello más tarde. Cuando le mostrara las alturas a las que treparía en otros nueve días..., en noventa...

Alzó la vista. Ross estaba ante su escritorio, esperando llamar su atención pero reluctante de hacer algo tan torpe como llamar esa atención con un carraspeo. John hizo girar la silla, extendió los pies en una actitud de relajación, y dijo:

—¿Bien, Ross?

—Me gustaría verle en mi oficina, Heath —solicitó Ross, cuidadosamente—. Ha surgido algo importante y, francamente, usted es el único que puede arreglarlo.

John se puso lentamente en pie.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Ross miró sin decir nada a la atestada habitación, con al menos cinco hombres a razonable alcance de oído. Luego miró hacia la puerta de su oficina y tendió un brazo invitador.

John vaciló, pero durante años Ross había mantenido una incuestionada autoridad sobre él, y en aquel momento reaccionó por hábito.

Ross mantuvo educadamente la puerta abierta para John, penetró luego, y cerró la puerta a sus espaldas, dando vuelta discretamente a la llave y manteniéndose frente a ella. Anderson dio un paso adelante desde el otro lado de la estantería de los libros.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó John secamente.

—Nada en absoluto, Heath —le aseguró Ross, mientras su sonrisa se transformaba en una mueca lobuna—. Simplemente, vamos a ayudarlo a salirse de su estado anormal..., a devolverle a la normalidad. No se mueva, Heath.

Anderson llevaba una aguja hipodérmica en la mano.

—Por favor, Heath, no intente debatirse. No queremos hacerle daño.

—Si grito... —dijo John.

—Si emite usted algún sonido —le aseguró Ross—, doblaré su brazo hacia atrás de tal modo que se le caerán los ojos. Me gustará hacerlo, así que grite, por favor.

—Tengo las pruebas contra ustedes dos bien guardadas en una caja de seguridad —dijo John—. Cualquier cosa que me ocurra...

—Señor Heath —dijo Anderson—, no va a ocurrirle nada. Algo va a dejar de ocurrirle. Lo devolveremos al lugar donde estaba antes. Iba a ocurrirle de todos modos, lo único que vamos a hacer es acelerarlo un poco.

—Así que voy a sujetarle, Heath —dijo Ross—, y usted no va a moverse porque, si lo hace, molestará a nuestro amigo con la aguja, y ésta puede deslizarse entre sus manos e inyectarle más cantidad de la dosis cuidadosamente calculada, con lo que podría terminar siendo incapaz de recordar absolutamente nada.

Heath estaba retrocediendo lentamente, conteniendo el aliento.

—Eso es lo que están planeando. Creen que así estarán seguros. Si lo olvido todo acerca de ustedes, todo acerca de la información, todo acerca de donde se halla. Pero...

—No vamos a hacerle ningún daño, Heath —dijo Anderson.

La frente de John brillaba de sudor. Una semiparálisis le invadió.

—¡Un amnésico! —exclamó roncamente, con un terror que solamente podía sentir alguien que como él lo recordaba todo perfectamente.

—Entonces no recordará ni siquiera esto, ¿verdad? —dijo Ross—. Adelante, Anderson.

—Bien —murmuró Anderson con resignación—. Estoy destruyendo un perfecto sujeto de prueba. —Alzó el flácido brazo de John, y preparó la hipodérmica.

Hubo una llamada en la puerta. Una voz gritó claramente:

—¡John!

Anderson se inmovilizó casi automáticamente, alzando la vista, interrogador.

Ross se había vuelto para mirar hacia la puerta. Se volvió de nuevo.

—Enchúfele esa cosa, doc —dijo con un urgente susurro.

La voz llegó de nuevo:

—Johnny, sé que estás ahí dentro. He llamado a la policía. Están de camino.

—Siga adelante —susurró Ross de nuevo—. Está mintiendo. Y de todos modos, cuando lleguen ya todo habrá acabado. ¿Quién podrá probar nada?

Pero Anderson estaba agitando violentamente la cabeza.

—Es su novia. Sabe que fue tratado. Estaba allí.

—Maldito estúpido.

Se escuchó el sonido de una patada contra la puerta, y luego la voz sonó como ahogada:

—Suéltense. Están... ¡Suéltense!

—Gracias a ella conseguimos que aceptara —dijo Anderson—. Además, no creo que tengamos que hacer nada. Mírele.

John se había derrumbado en un rincón, con los ojos vidriosos, a todas luces en un estado de trance inconsciente.

—Se ha sentido aterrorizado —dijo Anderson—, y eso puede producir un *shock* que interferirá con el mecanismo de recordar bajo condiciones normales. Creo que el desinhibidor ha quedado anulado. Déjela entrar, y déjeme a mí hablar con ella.

## 14

Susan estaba pálida mientras rodeaba protectoramente con su brazo los hombros de su ex novio.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Recuerda la inyección de...?

—Sí, sí. ¿Qué ha ocurrido?

—Se suponía que debía acudir a nuestra oficina anteayer domingo, para un examen completo. No se presentó. Nos preocupamos, y los informes de sus superiores me dejaron muy perturbado. Se había vuelto arrogante, megalomaniaco, irascible..., quizás se haya dado cuenta de ello... No lleva usted su anillo de compromiso.

—Nosotros..., nos peleamos —dijo Susan.

—Entonces lo comprenderá. Estaba... Bien, si se tratara de un mecanismo inanimado, podríamos decir que su motor se había sobrecalentado y funcionaba cada vez más y más rápido. Esta mañana parecía absolutamente esencial tratarle. Le persuadimos para que acudiera aquí, cerramos la puerta y...

—Le inyectaron algo mientras yo gritaba y pateaba la puerta desde el otro lado.

—En absoluto —aseguró Anderson—. Teníamos pensado utilizar un sedante, pero llegamos demasiado tarde. Sufrió lo que tan sólo puedo describir como un ataque. Puede examinar su cuerpo en busca de pinchazos recientes, porque supongo que, como su novia, puede hacerlo usted sin falsos pudores, y descubrirá que no hay ninguno.

—Lo comprobaré —dijo Susan—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Estoy seguro que él se recuperará. Volverá a ser el mismo de antes.

—¿Al límite de sus capacidades?

—No lo recordará todo perfectamente como ahora, pero hasta hace diez días tampoco lo había hecho. Naturalmente, la firma le concederá una licencia médica indefinida con todo su sueldo. Si es necesario algún tratamiento médico, todos los gastos serán pagados. Y cuando se sienta bien de nuevo, podrá regresar a su trabajo habitual.

—¿De veras? Bien, deseo que todo eso sea puesto por escrito antes que finalice el día, o acudiré mañana a mi abogado.

—Pero señorita Collins —dijo Anderson—, sabe usted que el señor Heath se presentó voluntario. Usted también estuvo de acuerdo.

—Creo que usted sabe que no se nos informó totalmente de la situación, y supongo que no le gustará una investigación al respecto. Simplemente ocúpese del hecho que todo lo que acaba de prometer sea puesto por escrito.

—A cambio, deberá firmar usted un reconocimiento para que no nos culpe a nosotros de cualquier tipo de trastorno que haya podido sufrir su novio.

—Es posible. Pero prefiero ver primero de qué tipo de trastorno se trata. ¿Puedes caminar, Johnny?

John asintió y dijo, un poco roncamente:

—Sí, Sue.

—Entonces, vámonos.

## 15

John dio cuenta de una taza de buen café y una tortilla antes que Susan permitiera la discusión. Entonces dijo:

—Lo que no comprendo es cómo estabas tú allí.

—¿Debemos llamarlo intuición femenina?

—Llamémosle el buen sentido de Susan.

—De acuerdo. Hagámoslo. Después que te devolviera el anillo, sentí autocompasión y pesadumbre, y antes que eso se disipara sentí una fuerte sensación de pérdida porque, por extraño que pueda parecerle a la mayoría de las personas sensibles, estoy muy enamorada de ti.

—Lo siento, Susan —dijo John humildemente.

—Deberías haberlo sentido antes. Dios, estabas insoportable. Pero entonces empecé a pensar que, si podías llegar a ponerme tan furiosa a mí, que te quería, ¿qué debía estar ocurriendo con tus compañeros de trabajo? Cuanto más pensaba en ello, más pensaba en que debían sentir un fuerte impulso de matarte. No me interpretes mal. Estoy dispuesta a admitir que merecías que te mataran, pero solamente a mis manos. Ni siquiera soñaría en permitir que cualquier otra persona lo hiciera. No supe nada de ti...

—Compréndelo, Sue. Tenía planes, y no disponía de tiempo...

—Tenías que hacerlo todo en dos semanas. Lo sé, idiota. Esta mañana ya no podía resistirlo más. Fui a ver como te sentías, y te encontré detrás de una puerta cerrada.

John se estremeció.

—Nunca pensé que agradecería tanto tus gritos y tus patadas, pero así fue. Los detuviste.

—¿Te importaría hablar acerca de ello?

—No lo creo. Me encuentro perfectamente bien.

—Entonces, ¿qué estaban haciendo?

—Iban a reinhibirme. Creo que su intención era administrarme una sobredosis y hacer de mí un amnésico.

—¿Por qué?

—Porque sabían que los tenía a todos en un puño. Podía arruinarles a ellos y a la compañía.

—¿Y podías hacerlo?

—Por completo.

—¿Pero de veras no te inyectaron? ¿O fue otra de las mentiras de Anderson?

—De veras no me inyectaron.

—¿Te sientes completamente bien?

—No soy un amnésico.

—Bien, odio sonar como una damisela victoriana, pero espero que hayas aprendido la lección.

—Si quieres decir si me doy cuenta que tú tenías razón, sí.

—Entonces permíteme que te recite la lección durante un minuto, para que no la olvides de nuevo. Lo hiciste todo demasiado rápido, demasiado abiertamente, y con excesivo desprecio por las posibles reacciones violentas de los demás. Lo recordabas absolutamente todo, y lo interpretaste mal, identificándolo con la inteligencia. Si hubieras tenido a alguien realmente inteligente para guiarte...

—Te necesitaba a ti, Sue.

—Bueno, me tienes de nuevo, Johnny.

—¿Qué hacemos ahora, Sue?

—En primer lugar debemos conseguir ese documento de Quantum y, puesto que te encuentras completamente bien, firmaremos ese otro documento liberándolos de toda responsabilidad. Segundo, nos casaremos el sábado, como habíamos planeado originalmente. Tercero, ya veremos... Pero, Johnny.

—¿Sí?

—¿Te encuentras realmente bien?

—No podría encontrarme mejor, Sue. Ahora que estamos de nuevo juntos, todo está perfecto.

## 16

No fue una boda formal. Fue menos formal de lo que habían planeado originalmente, con muy pocos invitados. No había nadie de Quantum, por supuesto... Susan había señalado, de manera muy firme, que lo contrario sería una absoluta mala idea.

Un vecino de Susan trajo una videocámara para filmar la ceremonia, algo que a John le pareció que era el summum de la vulgaridad, pero Susan insistió.

Y luego el vecino le dijo con un trágico alzarse de hombros:

—No puedo conseguir que esa maldita cosa se ponga en marcha. Me dijeron que funcionaba perfectamente cuando me la dieron. Tendré que llamar por teléfono.

Se apresuró a bajar la escalera, hacia la cabina telefónica en el vestíbulo de la capilla.

John avanzó para mirar con curiosidad la cámara. Había un librito de instrucciones en una mesilla a un lado. Lo tomó y lo hojeó a una moderada velocidad, luego volvió a dejarlo. Miró a su alrededor, pero todo el mundo estaba ocupado con sus cosas. Nadie parecía prestarle atención.

Deslizó hacia un lado el panel de atrás, disimuladamente, y miró dentro. Luego giró la cámara y miró pensativo al lado opuesto. Estaba mirando aún cuando su mano derecha se deslizó suavemente hacia el mecanismo e hizo un rápido ajuste. Tras un breve intervalo, volvió a colocar en su sitio el panel trasero y probó el disparador.

El vecino regresó apresuradamente, con aire exasperado.

—¿Cómo puedo hacer lo que me han dicho si no tengo...? —Frunció el ceño, luego dijo—: Curioso. Está conectada. Debe haber estado funcionando durante todo el rato.

## 17

—Puede besar a la novia —declaró el oficiante con aire amable.

John tomó a Susan en sus brazos y siguió las órdenes con entusiasmo.

Susan susurró a través de sus labios inmóviles:

—Arreglaste esa cámara. ¿Por qué?

Respondió, también en un susurro:

—Deseaba que todo fuera a tu gusto durante la ceremonia.

—Querías fanfarronear —musitó ella.

Se apartaron el uno del otro, mirándose con ojos empañados por el amor, luego volvieron a abrazarse, mientras el reducido público se agitaba y sonreía.

—Vuelve a hacerlo, y te despellejo —susurró Susan—. Mientras nadie sepa que aún lo tienes, nadie te detendrá. Tendremos todo lo que queramos en menos de un año, si sigues mis directrices.

—Sí, querida —admitió John en voz baja, humildemente.

## **FIN**

Título Original: Lest We Remember © 1982 by Davies Publications, Inc.

Traducción de .Domingo Santos.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.